

estéril, le aconsejó la abdicación. Aquella medida que era prudente y necesaria le hubiera salvado de la terrible castástrofe de Querétaro; pero Marquez, Miramón y otros, le hicieron retroceder de su propósito, y aun cuando vacilante, se resolvió á permanecer en aquel país en donde tantas amarguras había sufrido.

Las tropas francesas, empezaron á desguarnecer las poblaciones y á prepararse para el embarque. Chihuahua quedó libre de los invasores, y Juarez y sus ministros, salieron de Paso del Norte, para aquella ciudad, en donde se instalaron.

El general Olvera, fué derrotado por los republicanos; Mejía lo era á su vez en Matamoros y Corona, y otros adalides de la libertad, alcanzaron señaladas victorias sobre los imperialistas.

Las tropas invasoras, empezaron á embarcarse en Enero, y en 12 de Marzo, los últimos soldados de Napoleón, abandonaban las playas de Veracruz.

Juarez, se trasladó á Durango, en Enero de 1867, después pasó á Zacatecas; pero atacado por Miramón se dirigió á Sombrerete, habiendo estado expuesto á caer en manos de los enemigos que acometieron el coche en donde viajaba. Derrotado Miramón, en San Jacinto, volvió Juarez á Zacatecas y desde este punto marchó para San Luis Potosí, cuando reducidas las fuerzas imperiales á dos cuerpos, uno sitiado en México por el ilustre jefe general Díaz, y otro en Querétaro, al que asediaba el valiente Escobedo, no era posible se hiciera esperar mucho el triunfo de los republicanos.

Ya en Julio del año anterior, había salido para Europa la infeliz princesa Carlota, y con el juicio vacilante y el corazón desgarrado por la inquietud y el temor, intentó, aunque en vano, conseguir auxilios y apoyo para el mal aconsejado Maximiliano.

Setenta días de incesante combate duró la resistencia de Querétaro, y por último fué tomado en 14 de Mayo de 1867, asegurando testigos de reconocida veracidad, que el coronel López, á quien el infortunado archiduque había colmado de favores, entregó la ciudad.

Varios documentos relativos á la traición, han sido publi-



Leonardo Márquez

GENERAL DON LEONARDO MÁRQUEZ
FUÉ NOMBRADO POR MAXIMILIANO LUGARTENIENTE DEL IMPERIO

cados en estos últimos tiempos, y como detalle histórico de alta importancia, publicamos uno de ellos.

El general Escobedo, tal vez por generoso impulso había negado que López, edecán del archiduque Maximiliano, hubiera entregado la ciudad de Querétaro á las fuerzas republicanas: el coronel don José Rincón Gallardo, en una carta publicada en León, en Junio de 1887, hace el exacto relato de aquel acontecimiento y dice:

«León, 5 de Junio de 1887.

»El 14 de Junio de 1867, á media noche, el general Vélez me comunicó la orden dada por el cuartel general, de atacar el convento por el frente costado del cementerio con dos columnas, á las que deberían apoyar los batallones de Nueva León y Supremos Poderes, mandados por los coroneles Carlos Maguen y Pedro Yepes, que á este efecto acompañaban al general Vélez. El ataque estaba ya preparado conforme á las órdenes recibidas, cuando se presentó el general Escobedo á revocar sus primeras disposiciones y me ordenó personalmente colocase, tomando todas las precauciones para no despertar la atención pública, veinticinco hombres, bajo las órdenes de un oficial seguro, frente á la pared de la cerca del cementerio. Este oficial debía de recibir un jefe que saldría de la plaza á las tres de la mañana.

»Esta orden, de una ejecución peligrosa, fué llevada á cabo por M. José María Rangel, comandante general del 7.º batallón. A la hora indicada por el general Escobedo, se presentó Miguel López, conducido por Rangel; yo le recibí y lo presenté inmediatamente al general Vélez. Tuvieron una corta entrevista y el general, poniendo á mi disposición el batallón de Nueva León, me ordenó me dejase guiar por López y siguiese estrictamente sus indicaciones. Marché á la cabeza de dicho batallón, acompañado por López, por el teniente coronel Nosti y los ayudantes Joaquín Cuevas y Trinidad Vázquez; penetramos en el cementerio y sorprendimos tres destacamentos enemigos, situados en diferentes puntos. La misma operación, fué ejecutada en las alturas del fuerte del cual nos apoderamos, así como de la artillería, haciendo prisionera á la guarnición.

»Al bajar del convento, encontré al Emperador, vestido de paisano y únicamente acompañado por el general Castillo; ordené á mis soldados los dejaran pasar y obré así con la convicción que para ellos no había salvación; cuando lo juzgue necesario, daré las razones que me movieron para no prenderlos.

»El general Vélez, situado en punto conveniente, me comunicó las órdenes, y habiéndole dado parte del éxito de la empresa, me ordenó adelantase hacia el convento de San Francisco, siempre acompañado por López; ejecuté esta orden y obtuve la rendición de algunas tropas, entre las cuales se contaba un regimiento de húsares húngaros, llamados, según me dijo López, «Guardias de la Emperatriz.»

»Estando ya en nuestro poder el convento de San Francisco, dió el general Escobedo, orden para ocupar la plaza, terminándose así aquella memorable jornada.

»Tal es la verdad en resumen, pero fiel y exacta, que no pueden disfrazar la traición ni las pasiones de partido.—J. M. Rincón Gallardo.»

La ocupación de Querétaro, entregó prisioneros al desventurado Maximiliano, á Miramón y á Mejía. Sabedor Juarez, de aquel trascendental suceso, dispuso que fueran juzgados los presos conforme á la ley del 25 de Enero de 1862, y con la entereza del que cumple con un sagrado deber, se negó, pronunciada la sentencia, á conceder el perdón y contuvo su natural impulso que le dictaba la clemencia.

En 29 de Mayo de 1867, en comunicación dirigida al general Escobedo, decía el archiduque Maximiliano:

«Llegó vez en que dudé de la firmeza y consolidación de un trono, y como mi única mira al ocuparlo, ha sido el bien y la felicidad de México, me ausenté de la capital y me detuve en Orizaba, para pensar y escoger con más detenimiento y madurez una resolución definitiva: libre ya de toda «presión extranjera,» lamé en mi auxilio á los consejos de ministros y de Estado, á quienes expuse con franqueza los fundamentos de mis dudas; oído su parecer, me resolví á volver á la capital, decidido á convocar un Congreso para explorar la volun-

tad nacional: invencibles obstáculos que á nadie se ocultan, frustraron mi designio; marché entonces á ponerme al frente del ejército del interior, no con el exclusivo objeto de sostener mi trono con las armas, sino con el de provocar siempre un desenlace pacífico y honroso, un medio que pusiese término á las diferencias, sin efusión de sangre; pero muy á mi pesar, trabóse en esta ciudad una lucha terrible en la que he sucumbido.»

El 19 de Junio de 1867, presentaba el Cerro de las Campanas aspecto solemne, imponente, terrible.

Maximiliano de Hapsburgo, y los generales Miramón y Mejía, morían víctimas, el primero de la tenebrosa política de Napoleón III, y los segundos del funesto empeño de un partido que anegó en sangre la República y agotó su riqueza...

Cuando los tres pelotones hicieron fuego, cayeron Miramón y Mejía, pero Maximiliano no había muerto, y exhaló tres gritos de agonía.

El 21 de Junio ocupó á México el general Porfirio Díaz, y el 20 de Julio entraba el señor Juarez en la capital de la República, acompañado por la admiración general y el respeto debido á sus altos méritos.

Las repúblicas americanas, las naciones europeas, le demostraron sincero entusiasmo y simpatías, y convocado el Congreso, fué electo presidente para el nuevo período; la gran mayoría de votos demostró la confianza de aquel pueblo, en el salvador de la libertad y en el reformador de sus instituciones.

En la nueva era, surgieron divisiones, malestar y turbulentos sucesos; pero aun en medio de la intranquila superficie del mar de la política, se consagró Juarez á encauzar varios ramos de administración que se encontraban desorganizados ó suspensos, efecto de cruenta batalla que el país había sostenido.

Fijaba su atención la anarquía de los Estados, los atropellos y los desórdenes que eran frecuentes; y las facultades extraordinarias de que había estado investido, hasta su reelección, las empleó en organizar la instrucción pública en general, en crear escuelas de Ingenieros, de Medicina, de Be-

llas Artes, Jurisprudencia, Agricultura y otras varias. Los privilegios para la construcción del ferrocarril de México á Veracruz, y del istmo de Tehuantepec, fueron renovados; también reorganizó los tribunales.

Una de las cualidades culminantes en el señor Juárez, fué la moderación y la prudencia, que presidían todos sus actos. Recorriendo la historia contemporánea de las repúblicas hispano-americanas, se destacan los abusos cometidos por aquellos hombres á quienes circunstancias especiales, han concedido omnímoto poder; Juárez, jamás abusó de la supremacía que le otorgaba el país.

Serios trastornos conmovieron de nuevo á la República, y la sublevación de Negrete y Rivera, el desacuerdo del Gobernador de Querétaro y la sorda protesta contra varias de las disposiciones del Gobierno, los motines de Puebla, de Sinaloa, Jalisco, Durango, y Guanajuato, agitaron los ánimos, paralizando el comercio y renovando la intranquilidad general.

La tea de la discordia y la guerra civil, amenazaron una vez más al desdichado México, y el año de 1869 corrió entre pronunciamientos y calamidades públicas.

Juárez, exento al cansancio que debía producir en su espíritu el estado anormal de tan largos años, luchó otra vez por el orden y por sostener el régimen liberal y si bien el Congreso le había negado las facultades extraordinarias, para combatir á los revoltosos, de nuevo necesitó apelar á ese recurso, para restablecer la calma y concluir con las exigencias de los partidos, ante los cuales guardó siempre Juárez la dignidad y enérgica actitud propia de su alto puesto.

Sofocada la rebelión, surgió otro motivo de disturbios. Las elecciones para presidente; y en ellas el sufragio estaba dividido entre los señores Lerdo de Tejada, Juárez y Porfirio Díaz.

Volvieron los motines á poner trabas á la marcha del Gobierno, y se apeló á las armas para impedir la reelección de Juárez, quien, deseoso de llevar á cabo la grande obra de la reforma y reorganización del país, aceptaba la idea de sus partidarios, aun cuando el mando hubiera tenido para él tanto desasosiego y amargura.

En Octubre de 1871, el Congreso, proclamó como jefe de Estado, al señor Juárez por mayoría de votos; pero el partido porfirista, haciendo al Estado de Oaxaca centro de sus operaciones, se declaró en rebelión contra el Gobierno, y el caudillo Porfirio Díaz, dió su manifiesto desde su hacienda de la Noria, proponiendo una Junta de notables para constituir el país.

Los generales Rocha y Alatorre, salieron á sofocar la revolución, y derrotaron el primero, las fuerzas de Treviño en Nueva León, y el segundo, las de Oaxaca. Entretanto y creyéndolo de absoluta necesidad, se promulgó la ley de amnistía para delitos políticos, combatida hacía largo tiempo; pero los ánimos estaban exaltados y rebotaba el descontento, y aquella ley no dió el resultado apetecido.

Por entonces, y unido al desaliento político, sufrió el señor Juárez profundísimo pesar, causado por la muerte de su digna compañera doña Margarita Maza. Terrible fué la herida, y la salud del presidente, ya muy alterada, se resintió más aun; pero sin inspirar temor de próximo desenlace.

En la noche del 18 de Julio de 1872, sintióse Juárez triste, abatido y enfermo, por lo cual se recogió más temprano, después de corta conversación con el señor Maza, el médico y otras personas que lo rodeaban, y quedó como dormido.

Nadie se atrevió á interrumpir su sueño; pero más tarde, extrañando tan profundo reposo y siendo ya hora de retirarse, se acercaron á su lecho y lo llamaron; fué en vano. Aquel hombre grande y objeto de universal admiración ya no existía; había muerto sin agonía, sin sufrimiento.

Juárez, era de pura raza india, y de ello se enorgullecía; tenía el color oscuro, pómulos pronunciados, ojos negros, manos y pies pequeños; era sereno, enérgico, prudente y dotado de perseverante fuerza de voluntad. Sobresalía por la sencillez de sus costumbres; era modesto y sin ambición de honores, parco en la mesa, sobrio en todo, verídico y honradísimo, modelo en el hogar doméstico, como lo era en la vida pública. Su misión fué augusta, grandiosa. Su gloria pertenece á todo el Continente americano.

La calumnia tenaz, perseguidora de todo lo grande, ha pretendido manchar la memoria de Juarez, no consiguiendo sino enaltecerla más.

En la biografía de Maximiliano, dice César Cantú:

«Juarez prometió á los Estados Unidos el territorio de Sonora, consiguiendo así que le reconociesen como presidente.»

Parece imposible que tratándose de una individualidad cuya vida pública es tan conocida, y durante la cual, brilla con todo su esplendor la constancia para defender la integridad nacional, á pesar de la resolución de Juarez, para no solicitar—sin embargo de lo crítico de las circunstancias,—la protección norteamericana, se lleve el error ó parcialidad hasta el punto de inventar hechos que por lo inverosímiles, ni aun necesitarían refutarse.

Un hijo del ilustre prócer, secretario de la Legación mejicana en París, publicó en 1885, una carta notable, y dice así:

«París 20 de Mayo de 1885.

»Sr. Director del «Nouveau Monde»:

»He leído en estos días, el tomo que contiene los últimos treinta años de la Historia Universal, de César Cantú (editor Fermín Didot, París,) en la que se encuentra una biografía de Maximiliano. Por poco que se esté al tanto de los sucesos de aquella época, desde luego se echa de ver en ese escrito, multitud de errores en los nombres, fechas y hechos. El historiador no ha recibido ningún informe exacto, y jamás ha tenido en sus manos ninguno de los documentos indispensables para poder escribir una obra histórica.

»Seguro es, que personas más competentes, se encargarán de escribir un juicio crítico de la obra de que se trata; pero entretanto, yo debo no sólo hacer rectificación sino protestar enérgicamente contra ciertos capítulos referentes á mi padre, so pena de faltar á mis deberes de hijo, pues que mi silencio pareciera autorizar aquella actitud, que son otras tantas calumnias.

»Dice César Cantú, que mi padre Benito Juarez, fué el jefe de una cuadrilla que ofreció el Estado de Sonora á los americanos, y que el cadáver del archiduque Maximiliano, fué devuelto en cambio de dinero.

»En primer lugar, mi padre no fué jefe de cuadrilla, sino el jefe del partido liberal y nacional de México, que luchó constante y enérgicamente por conservar la Independencia y autonomía de la patria, y presidente de la República por dos veces, elegido según las leyes constitucionales del país.

»Nunca ofreció al Gobierno de los Estados Unidos del Norte, ni el Estado de Sonora, ni parte alguna del territorio mejicano, por pequeño que fuese. Por el contrario; siempre rehusó el socorro de tropas regulares ó voluntarias, que las vecinas repúblicas hubieran podido proporcionarnos en gran número.

»Como lo prueban muchas notas diplomáticas, publicadas en aquella época en América y en Europa, el almirante Tegetthoff, que fué enviado á México para llevarse el cadáver del archiduque, fué perfectamente recibido por el Gobierno; y sin gasto alguno, sin que hubiese tenido que dar un centavo á nadie, fuéronle facilitados los medios necesarios para cumplir su misión, bajo las condiciones y formalidades que sólo imponía la razón de Estado.

»Todos los documentos relativos á esta traslación del cadáver, fueron publicados en el «Diario Oficial de México.»

»Todo esto es la verdad, mientras que las apreciaciones del autor de la «Historia de los últimos treinta años,» son el producto de un espíritu violento ó apasionado, ó bien la calumnia inconsciente de la demencia, señal tan frecuente en los individuos gastados por el trabajo intelectual durante muchos años.

»Lo que en defensa del honor de mi padre acabo de decir, puedo probarlo por medio de documentos oficiales, cuando se quiera; mientras que César Cantú, no podrá exhibir en apoyo de su narración la más mínima prueba, y lo desafío en toda forma, si esta carta llega á su poder, á que acredite la verdad de sus asertos; así, pues, estoy en mi derecho de repetir, como lo dije al principio de esta carta, que todo lo que en su obra se refiere á mi padre, no es sino un tejido de calumnias, poco dignas de la reputación literaria que á fuerza de estudios y trabajos, ha sabido adquirir.

»BENITO JUAREZ (HIJO)»

La cesión de Sonora se propaló por los enemigos de Juárez y se extendió por toda Europa, pues que el general O' Donnell, duque de Tetuán, dijo en plena Cámara en 24 de Diciembre de 1862:

«Juárez, como mejicano, tiene para mí una mancha que jamás podrá borrar: Juárez, ha firmado un tratado, por el cual vende á los Estados Unidos, dos provincias á título de prenda por dos años, en garantía de un empréstito.»

«...esa es una mancha que no sé cómo mirarán los mejicanos: si yo fuera mejicano, no se la perdonaría jamás.»

Juárez con la dignidad que le era característica y con la prudencia, norte de sus actos, contestó á tan terrible insulto con las siguientes líneas:

«Palacio Nacional.

»México, Febrero 22 de 1863.

»Sr. Director del «Diario Oficial.»

»Muy señor mío y de mi aprecio: Acabo de leer en el «Monitor Republicano» de hoy, el discurso que el señor O' Donnell, presidente del Consejo de ministros, del Gobierno español, pronunció en la discusión del proyecto de contestación al discurso de la Corona, y he visto con sorpresa entre otras especies inexactas, que el señor O' Donnell, vierte, sobre el modo de juzgar á los hombres y á las cosas de México, las siguientes frases. «Juárez, como mejicano, tiene para mí una mancha de las que no se borran jamás: la de haber querido vender dos provincias de su patria á los Estados Unidos.»

»...Esta acusación hecha por un alto funcionario de una nación y en un acto demasiado serio y solemne, en que el hombre de Estado debe cuidar de que sus palabras lleven el sello de la verdad, de la justicia y de la buena fe, es de suma gravedad, porque pudiera sospecharse que por razones del puesto que ocupa, posee documentos que comprueban su dicho, lo que no es cierto. Queda autorizado el señor O' Donnell, para publicar las pruebas que tenga sobre este negocio. Entretanto, cumple á mi honra manifestar que el señor O' Donnell, se ha equivocado en el juicio que ha formado de mi conducta

oficial; y yo autorizo á usted, señor Redactor, para que desmienta la imputación que con tanta injusticia se hace al primer jefe del Estado.

»Soy de usted, señor Redactor su atento servidor.

»BENITO JUÁREZ.»

El señor D. M. M. Zamacona, decía en el «Diario Oficial,» á continuación de la carta que antecede:

«La susceptibilidad característica del presidente de la República, en la materia en que tratamos, nos explica la premura con que apenas llegadas las últimas noticias de Europa, se ha movido á hacer por sí mismo y en cartas de su propio puño, la explicación que acabamos de insertar. Con ella invita al señor mariscal O' Donnell, á publicar los datos que ha tenido para atribuir al presidente de México, la intención de enajenar parte de nuestro territorio, y nosotros estamos seguros, que esos datos nunca verán la luz, porque es imposible producir la prueba de lo que jamás ha acontecido. Esto lo sabe toda la República, y á no ser indigno del jefe de la nación apelar á testigos, habría podido invocar el testimonio de ocho millones de mejicanos.

»El señor mariscal O' Donnell, reproduce, sin saberlo, una de esas calumnias que los enemigos personales del presidente, han ido á propagar á Europa, desengañados de que su carácter inverosímil y absurdo las hace de imposible circulación en México. Alguna vez se ha intentado aquí mismo esgrimir esas armas contra la persona del jefe actual de la nación; pero una vindicación victoriosa ha sido el resultado inmediato, y la opinión pública ha pagado su acostumbrado tributo á la justicia y confundido al calumniador.»

Parécenos que la razonada carta del ilustre mejicano daba una lección á los políticos europeos, que con ligereza suma, emiten á veces y con frecuencia, injustas opiniones relativas á los países hispano-americanos, y sin conocimiento de causa.

Ya anteriormente el ilustre don Francisco Zarco, director del periódico «El Siglo XIX,» se había ocupado del asunto de Sonora, y de su artículo copiamos algunos párrafos.

«El país entero recuerda, sin duda, las aflictivas circunstancias que rodearon al Gobierno constitucional, en los primeros días de su permanencia en Veracruz, cuando el desaliento reinaba en los puntos sometidos á la reacción, donde en verdad los liberales no abundaban tanto como hoy. Era congojosa la situación interior de la República; era desesperada su situación exterior, después de haber sido reconocido el simulacro de poder que creó la facción tacubayista como gobierno legítimo del país, gracias á las intrigas de un diplomático europeo de inolvidable memoria.

»Entonces se vió como una esperanza, como una ventaja, que el Gobierno constitucional, lograra el ser reconocido por los Estados Unidos de América, prometiéndose el partido liberal, que el ascendiente moral de la vecina República, su interés mercantil y aun su apoyo físico, fueron auxiliares de la causa nacional y apresuraron el triunfo de los buenos principios.

»De esta aspiración, que llegó á ser general en los liberales más patriotas é ilustrados, hubo uno que no participó de ella, que se negó abiertamente á llamar en su auxilio tropas extranjeras, ya fuesen del ejército regular de los Estados Unidos, ya voluntarios.

»El hombre que creía que este arbitrio era contrario al decoro nacional; el hombre que previó peligros para la Independencia en este recurso extremo; el que no desesperó del pueblo mejicano, creyendo que solo y sin extraño auxilio, había de reconquistar su libertad y sus instituciones, fué el presidente de la República, y gracias á su resistencia tenaz y obstinada, fracasó la idea de todo tratado de Gobierno á Gobierno, y de todo contrato con particulares, que tuviera por objeto la venida á la República, de fuerzas extranjeras, que siguieran las banderas constitucionales.

»El señor Juárez, mereció entonces de muchos de sus ami-

gos, la calificación de obstinado y pertinaz, que se repitió más tarde, cuando con el mismo tesón se negó á aceptar la conciliación con los reaccionarios y la mediación de las potencias extranjeras, en el arreglo de nuestras cuestiones interiores. Dos ideas capitales inspiraban el ánimo del presidente; un celo escrupuloso por la Independencia, por la nacionalidad de su país y por la integridad de su territorio, y una confianza ilimitada en el triunfo de la opinión pública, y en que el pueblo por sí solo había de recobrar sus derechos sin la mengua del auxilio extranjero.»

Un servidor del infortunado archiduque, D. Francisco Arrangoiz, en su obra «México desde 1808 hasta 1867,» da por cierto, que una de las principales causas, que movieron á Napoleón III, para la descabellada Intervención, «fué apoderarse del Estado de Sonora, establecimiento colonial que habría sido una adquisición grande y utilísima para la Francia.»

Más adelante añade: «Las minas de Sonora eran el negocio que tenían más aficionados; ignoraban éstos, como ignoraban entonces los mejicanos, que Napoleón, había tomado sus medidas para convertir en colonia francesa á aquel Estado.»

El sabio diplomático don Matías Romero, ministro de México en Washington, se dirigía en Febrero de 1865 al secretario William Seward, protestando «contra la cesión que el archiduque de Austria, Fernando Maximiliano, ha hecho ó está por hacer al Gobierno francés, de varios de los Estados de la República mejicana.»

No solamente se han cometido graves errores tratándose del señor Juárez, en el terreno de la integridad nacional, sino también en otros de alta trascendencia, para la honrosa memoria del egregio ciudadano.

El respetable historiador César Cantú, amigo y profesor de Maximiliano, no imparcial en sus juicios, dice al ocuparse de la entrega de los restos del infortunado príncipe:

«El cadáver de Maximiliano, que se habían comprometido á entregar los matadores del príncipe, tuvo que rescatarse á fuerza de ruegos y dineros, á aquella oligarquía sin honra y sin entrañas.»

El historiador señor don Aniceto Zamacois, en su «Historia general de México,» manifiesta que:

«El gobierno de don Benito Juárez, guardó con el cadáver del Emperador Maximiliano las «más distinguidas consideraciones,» y se mostró atento, desinteresado y afable con el personaje enviado por el Emperador de Austria, para llevar el cuerpo de su desgraciado hermano.»

No hay, no puede haber quien dude ni haya dudado del acrisolado patriotismo del hombre que salvó á la República mejicana, y que era incapaz de hacer de una cuestión de honra, cuestión de dinero.

El presidente de la República, dispuso la siguiente afirmación, para que nunca, ni por nadie, pudiera ser empañada la memoria de Juárez:

«1.º Que Juárez no hizo trato alguno con los Estados Unidos, vendiendo, cediendo ó empeñando, ni á Sonora ni á ningún otro Estado, territorio de la República; 2.º que fué del todo punto falsa la aseveración acogida por César Cantú, de que Juárez y su Gobierno, vendieran el cadáver de Maximiliano.»

Los restos del archiduque fueron entregados al almirante Tegetthoff. El cadáver perfectamente embalsamado, fué conducido á bordo de la fragata «Novara,» habiéndose tomado todas las precauciones para que el movimiento del viaje por tierra y mar, no pudiera descomponer ni lastimar con su sacudimiento los restos del archiduque de Austria.

«El Gobierno mejicano ha creído de su deber en esta ocasión, no economizar gasto alguno, y proceder con el lujo y el decoro que corresponde á la nación que representa, y si algo puede decirse en Europa en las actuales circunstancias respecto de nuestra conducta, es que si una imperiosa necesidad política, obligó á México á aplicar la última pena á un invasor extranjero, México, sin embargo, sabe imponer silencio á sus pasiones en presencia de un sepulcro. Con la devolución que hacemos á la Europa, del cadáver de Maximiliano, ocurren profundas y graves reflexiones, y la historia ofrece una lección que debe aprovecharse, ya que la suerte de Iturbide, no enseñó nada útil á los enemigos de las libertades de México.»

Así se expresaba el «Diario Oficial» del Gobierno Supremo de la República.

Corresponde al domingo 10 de Noviembre de 1867, tomo 1.º, número 83.

El Gobierno costó todos los gastos del embalsamamiento, habiendo pagado á cada uno de los tres que tomaron parte en aquel delicado asunto, dos mil pesos como honorarios de su trabajo, y al doctor Ignacio Rivadeneira, mil pesos como gratificación. Además de estos honorarios se originaron otros gastos que fueron religiosamente pagados por el Gobierno del señor Juárez.

Ha quedado, pues, completamente desmentida la calumnia que el príncipe Salm-Salm, que fué hecho prisionero en Querétaro, asentó en sus memorias, en las cuales dice tratándose del cadáver del Emperador:

«Lo guardó el Gobierno republicano, para una especulación baja.» Es de notar que el príncipe, debió su vida á la clemencia de Juárez.

Con los detalles que anteceden, hemos completado el bosquejo biográfico del inmortal patricio mejicano. Su gloria sin mancha, sin nubes y sin ocaso, brillará más pura y más radiante en las edades venideras; la historia justa é imparcial, lo ha colocado ya en el santuario de sus predilectos, y con caracteres indelebles, transmitirá á los pueblos como noble ejemplo, sus virtudes, su nombre y su abnegación y sublime patriotismo.

CANTINA AFFONSIANA

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO
130 St. George Street, Toronto, Ontario



DON SEBASTIAN LERDO DE TEJADA
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. — Año 1872

Don Sebastián Lerdo de Tejada

En las diversas entidades que han sobresalido en México, entre los hijos más ilustrados de la República, en las diferentes agrupaciones de hombres políticos, se destacó por su talento y exquisita cultura, el presidente que tuvo en su mano las riendas del Gobierno, desde el 18 de Junio de 1872, hasta Noviembre de 1876.

Nació don Sebastián Lerdo de Tejada, en Jalapa, en el año de 1820 y ya siendo muy joven, se revelaron sus altas capacidades, distinguiéndose por su dedicación al estudio, que desde una esfera modesta lo elevó á las más altas cumbres administrativas.

Su vida y sus servicios están consignados en las páginas históricas de México, desde el promedio del siglo pasado, figurando en primera línea, el docto jurisconsulto particularmente en los grandes sucesos á que dieron margen, la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.

En el gobierno del general Comonfort 1857, tuvo á su cargo la presidencia del Consejo de ministros y en 1858 asumió el mismo cargo en el Congreso de diputados. Iniciada por la Cámara la traslación del gobierno de Juarez, á San Luis de Potosí, salió para aquel punto en Mayo de 1863 y de aquella patriótica peregrinación participó el señor Lerdo de Tejada,

así como de la vida azarosa de aquél hasta el triunfo de su partido.

Su vasta instrucción, sus profundos conocimientos, sus energías y la perspicacia y habilidad política, puestas al servicio de la patria, le dieron puesto en las altas esferas del gobierno nacional, considerando todos era una lumbrera y el miembro más vigoroso, en el gabinete de don Benito Juárez.

En Diciembre del mismo año 1863, siguió para el Saltillo y Monterey donde permaneció hasta Agosto de 1864, dirigiéndose después al Paso del Norte, inmortalizado por la larga estancia que en modesta casa, hizo el presidente constitucional.

La energía en el decir, la profundidad de las ideas y lo extenso de sus conocimientos colocaban al señor Lerdo de Tejada, en gran altura política, y como han dicho algunos de sus biógrafos, fué el alma intelectual en la heroica defensa del país, en la dignidad tradicional, y en la iniciativa para las grandes reformas constitucionales; en el segundo período presidencial de don Benito Juárez, adquirió mayor renombre como director de la marcha política, en el ministerio de Relaciones exteriores y en el desempeño de este cargo, consolidó su alto prestigio como uno de los más notables estadistas de la América del Sur.

Altas y significativas demostraciones de respeto, cariño y admiración, acogieron á don Benito Juárez, cuando ya triunfante el pabellón nacional, hizo su entrada en México, el 13 de Julio de 1867, acompañado por sus ministros Lerdo, Mejía é Iglesias, y creció el entusiasmo cuando, la espada de honor que la capital de la República había regalado, al noble campeón de su autonomía, fué transmitida por él, al jefe victorioso en los combates, al hombre alma y brazo en la guerra contra la invasión, al general Porfirio Díaz.

Prestábase todo, en el edificio social, para la reconstitución del país cansado de luchar; agobiado por la situación anormal que había atravesado y temeroso, de que las tendencias anárquicas se sobrepusieran á sus fervientes anhelos por la paz.

Hechas las reformas en la Constitución, restablecidas y actuando las dos Cámaras, fácil era seguir el camino de pacificación para el país aun combatido por las facciones palpitantes.

El bando liberal pacífico y el exaltado, aguardaban, bajo el influjo de justas esperanzas, de ilusiones hermosas, que se diera paz á los ánimos y empuje al comercio, á la industria y á las especulaciones útiles.

Pero en la política, surge siempre lo inesperado y la famosa convocatoria para elecciones, fué el motor en la desunión del partido progresista, el acicate para nuevas turbulencias y serios desórdenes, que se creía hubiesen desaparecido para siempre.

La ley electoral del 14 de Agosto firmada por Lerdo de Tejada sirvió de tea para la discordia, y produjo tal sorpresa en la nación, que en un principio, no supo sino lamentar los artículos que en concepto del pueblo, menoscababan sus derechos privándole de la libre elección de sus gobernantes.

Ya la ley de 23 de Julio, había sido mal acogida, pues, en ella se trataba de algo muy grave, la reducción del ejército, de aquellas tropas que tan bizarramente se habían batido.

El descontento tomó forma concreta, manifestándose en protesta y exigiendo *todo*, para los reos políticos indultados unos y otros no. Aquella situación está íntimamente ligada con la personalidad del señor Lerdo, como tan influyente en la política, hasta el punto de que, al ocupar de nuevo el señor Juárez el solio presidencial, el 25 de Diciembre, al encontrarse frente á frente con los partidos y en lucha con éstos, vió la Corte de Justicia con desagrado la continuidad de Lerdo, en el ministerio, negándole su permiso para seguir desempeñándolo.

Las tumultuosas asonadas recobraron su imperio; los alzamientos se sucedieron; los motines proclamaron que el Gobierno era anticonstitucional; que sus actos tendían á la ilegalidad y Negrete primero, después Aguirre y Larrañaga, se sublevaron contra el orden establecido.

Ya por entonces había recobrado el señor Lerdo de Tejada, su puesto en el ministerio, autorizado por la Corte Suprema, menos arisca para él, pero renunció al presentarse como candidato á la presidencia, siendo su rival en las elecciones el general Porfirio Díaz, caudillo del partido constitucionalista.